

HUESA EN BLANCO Y NEGRO

Aquel vagabundo me tenía intrigado. A la mañana siguiente, fui al pajar para ver qué había sido de él, pero allí ya no había nadie. Encontré la lona y las mantas bien plegadas, con la linterna encima de ellas. La botella estaba de pie sobre la paja, intacta, sin abrir; pobre hombre, menos mal que se había llevado el pan y el chocolate. Por el pueblo tampoco estaba, nadie lo había vuelto a ver. A lo largo del día, fui preguntando a quienes volvían del campo. Un pastor me dijo que, “a eso de media mañana, un forastero vestido muy raro”, le había preguntado en el alto de La Cabrera, que “por qué camino se va a Muniesa”; con lo cual ya quedé tranquilo, al saber que había salido de Huesa y marchaba hacia Muniesa.

A los pocos días, sorprendido, recibí una carta sin dirección ni remite, pero el cartero me la entregó, porque debajo del sello había un dibujo de mi cara perfectamente reconocible. Contenía un papel manuscrito muy plegado y de forma irregular que decía:

“He partido de Rudilla a medio día. No he visto un alma, sólo un pastor y unas cabras a lo lejos. Parezco un vagabundo. En el bolsillo de la camisa, llevo mi documentación actual junto a una tarjeta de identidad con manchas de sangre; en el del pantalón mi inseparable “Leica”. Mi andar es pausado, contemplativo, mis ojos recorren un paisaje que no extrañan, y a mi corazón afloran muchos sentimientos.

El sol me anima y enseguida coronó un puerto, el paisaje se abre: ¡se ven hasta las cumbres nevadas de los Pirineos!, frontera con Francia. Continué por el carrascal de la umbría, y ya abajo en el llano, un páramo de matorrales salpicado de campos de cereal me acompaña hasta llegar a una huerta, a un río. El cielo se ha cubierto, al rato llueve. Sucesivos algarazos de matagorda y agua, me van empapando a medida que dejo atrás la hondonada y pierdo de vista los chopos cabeceros que marcan el curso del riachuelo. Cuando ya me apura el cansancio, Huesa aparece de golpe, al pie de un cerro. Los dientes me castañean de frío, pero el deseo de sacar una fotografía se me hace irresistible. Una fotografía bellísima, medieval, en blanco y negro entre la oscuridad de la tierra mojada y el granizo blanquecino: arriba el castillo, en medio queda la villa y a sus pies otro río, unos huertos, y lo que parece una muralla con sus almenas, que no es sino el alto muro que sostiene la carretera que circunda al pueblo, con sus malecones de piedra labrada que sirven de quitamiedos.

Calado hasta los huesos alcanzo las primeras casas, pregunto al llegar a un arco; mi atuendo no me ayuda, noto cierto rechazo. Al fin, una mujer enlutada me da señas de un bar, y por frías calles de cemento, ya con poca luz del día busco el calor de un fuego.

El bar está casi desierto. Dos hombres ya maduros, al amparo de una bombilla aparecen sentados junto a una estufa. Al verme tiritar se levantan, echan más leña y me llaman: ¡venga, venga a calentarse! Me desprendo del abrigo, lo pongo sobre una silla y me acerco, me acerco a la estufa hasta que casi toco sus hierros. El hombre de los ojos saltones le pide al otro que me ponga un café con leche hirviendo. Me lo sirve pues el que debe de ser el dueño, y entretanto aparece una mujer de la misma edad, que sorprendida, se lleva la mano a la boca al verme tan mojado y con tanto frío. Poco a poco voy entrando en calor y les agradezco la acogida. Al momento, aparece de nuevo la mujer trayéndome un bocadillo recién hecho, de tortilla de dos huevos.

Poco a poco va entrando gente al bar, son todos mozuelos; se acercan a la estufa, me saludan, y me entero de que en el pueblo viven unas doscientas cincuenta personas, casi todas mayores, pero que últimamente los chicos, al acabar la mili no encuentran trabajo y vuelven a casa. Me dicen que chicas no reside ninguna, les digo que mal futuro le espera a este pueblo. Se ponen a jugar a las cartas para pasar el rato. Entran dos personas más, que según me apuntan son el cura y el alcalde; me saludan, me preguntan, les digo que voy de paso y me invitan a una copa. A medida que la noche avanza mis ropas se van secando, y cuando el cafetero propone cerrar, ya me encuentro totalmente restablecido. Al darles las gracias por todas sus atenciones, el alcalde todavía me regala una botella de anís.

Parece que ya tienen decidido dónde alojarme para dormir, porque cogiendo una linterna y una pequeña lona que alguien habrá traído, me piden que los acompañe y me conducen a las afueras del pueblo, a un pajar. Tienden la lona sobre la paja, me dejan la linterna y el anís y tras despedirnos se marchan. Al rato vuelve uno de los jóvenes con dos mantas, con media barra de pan y una tableta de chocolate. Me estrecha la mano antes de irse, y yo me dispongo a dormir componiendo mi camastro lo mejor que puedo; pero ante el frío desamparo de la oscuridad, me da por pensar que, tras haber dejado atrás tanta miseria, y creer muchas veces que cada día podía ser el último, cuarenta y dos años después, he vuelto a Huesa y he vuelto a dormir en un pajar”.

¿¡Pero quién demonios era este vagabundo!?

Al sacar cuenta de los años ya intuí cierta respuesta, pero dándole vueltas al papel, descubrí un pequeño pliegue que por estar hecho en sentido contrario, no había acertado a desdoblar. Decía allí:

DIARIO DE UN VIEJO BRIGADISTA

9 DE MARZO DE 1.980. PRIMERA ETAPA: DESDE EL FRENTE DE RUDILLA HASTA HUESA DEL COMÚN

POR CARRETERA. DISTANCIA: 12,5KM